

## REFLEXIONES

## ¿Ver para creer?

■ — ¡La cosa fue así!

— ¡No, fue asá!

Y la discusión se eterniza en torno a si la cosa fue así o fue asá, hasta que uno de los porfiados discutiadores saca de la manga su as de triunfo: "Lo vi en la televisión". Y la discusión se termina, pues se ha apelado al testimonio irrefragable que nadie osa poner en duda.

En otros tiempos, la fe pública descansaba en la palabra impresa. Lo que se dijera en los diarios o en las revistas, tenía el carácter de artículo de fe. Pero, poco a poco, se fue tomando conciencia que aquello de que "el papel lo aguanta todo", no sólo se refería al papel en que se escribían cartas de amor, o declaración de principios, o cuentas para cobrar, sino que, también, ello era válido para el papel de imprenta.

Después, fue la radio la que tuvo total credibilidad. Sobre todo cuando ella daba cuenta de un hecho introduciendo el indiscreto micrófono en el corazón mismo del evento. Las palabras mal hilvanadas de los testigos presenciales, la emoción de los protagonistas, el ruido ambiental, todo eso era imposible de falsificar, hasta que al señor Orson Wells se le ocurrió hacer una adaptación radial de "La Guerra de los Mundos" y principió a transmitir una invasión marciana a la Tierra, en forma tan viva, que medio New York salió arrancando por las calles.

Y después del desengaño que la prensa y la radiotelefonía produjeron en un público ansioso de creer, de no ser engañado, apareció la televisión. Santo Tomás se habría sentido feliz con el nuevo invento: "Hay que ver para creer", había asegurado el dubitativo santo y en la televisión se veía, no sólo se oía y se leía y la imagen, esa sí, no podía ser falsificada.

Pero las ilusiones humanas, ya está visto, no son muy duraderas y en estos días se está dando en los Estados Unidos una película que principia a arrojar

dudas sobre la total credibilidad de la televisión. Un joven director de cine se preguntó: ¿No sería relativamente fácil manipular un evento en la era de la televisión? Y Peter Hyams, que así se llama el iconoclasta director, siguió lucubrando hasta terminar filmando "Capricornio I". Su tema no deja de ser sugerente: un grupo de científicos, militares y hombres de empresa norteamericanos se han lanzado, con gran publicidad, a la tarea de realizar una exploración interplanetaria, para llegar, en el último momento, a la conclusión que tal aventura está condenada al fracaso. Entonces deciden aparentar que ella se efectúa. Y, a través de la televisión, falsifican un lanzamiento de cohete, falsifican un viaje interestelar y fingen la llegada de los astronautas a Marte, mientras millones de telespectadores, vía satélite, siguen las peripecias de la falsa empresa.

A la salida de la exhibición de la película muchos norteamericanos se han preguntado si, de verdad, el hombre llegó a la Luna, si la emoción que despertó el presenciar a través de los televisores ese logro de la inteligencia humana, no fue sólo el producto de un truco bien montado.

La desconfianza que nace con la exhibición de "Capricornio I" implica, al menos, la certeza que así como la prensa puede inventar los hechos de una crónica y la radio falsificar un reportaje, la televisión también dispone de medios para pasar gato por liebre.

No hay salud. El hombre contemporáneo ya no puede fiarse ni de lo que lee, ni de lo que oye, ni de lo que ve. Los adelantos tecnológicos que dispone para enterarse de lo que ocurre en el mundo, pueden ser manipulados. Y para tener la seguridad de encontrar la verdad en lo que sus ojos leen y ven y sus oídos oyen, no le queda sino recurrir al mismo expediente de la época cuando había menos ciencia y más espiritualidad: la fe.

PARTIQUINO.

LA SEGUNDA